

¿Constituyen los trabajadores migrantes una ayuda para una Europa que envejece?

La disminución del índice de fecundidad, sumada al aumento de la longevidad, provoca un desequilibrio creciente de la relación entre la población activa y pasiva en Europa. Por su parte, los empleadores europeos se quejan de no encontrar en el mercado laboral interno los especialistas que necesitan. ¿Puede el ingreso de trabajadores migrantes aportar una solución a esos problemas?

Jonathan Equeter
Periodista

Los gobiernos europeos se plantean serios interrogantes en cuanto a la política que deben adoptar en el ámbito de la inmigración. Desde la recesión económica de 1973, los países miembros de la Unión Europea limitaron mucho las posibilidades de ingreso legal de migrantes procedentes de regiones externas a la Unión. El reagrupamiento familiar y la inmigración por razones humanitarias (principalmente el refugio político) son las únicas maneras de establecerse legalmente de manera duradera en la mayoría de los Estados miembros. No obstante, centenares de miles de «clandestinos» consiguen atravesar las fronteras de la «fortaleza europea» y una parte de ellos disfrutan a veces de oleadas de regularización por parte de los gobiernos, luego de vivir muchos años sumidos en la precariedad y la explotación.

En este momento, los cambios demográficos incitan a los gobiernos a rever esa política ya que prácticamente todos los países europeos, al igual que el Japón y la mayoría de los demás países desarrollados, se verán confrontados durante el próximo medio siglo a una disminución de su población y al envejecimiento de la misma. Dos factores explican esta evolución: el aumento de la longevidad media, fruto principalmente de los adelantos médicos

y de la mejora del nivel de vida, y el mantenimiento de índices bajos de fecundidad, netamente inferiores al umbral de reemplazo de las generaciones. «Hace unos quince años, observamos que en diversos países europeos habría un porcentaje más elevado de personas mayores de 65 años que de menores de 15 años, señala Joseph Chamie, director de la División de Población de las Naciones Unidas¹. Se trata de un fenómeno histórico ya que es la primera vez en la historia de la humanidad que hay más personas de edad que niños.»

Como es natural, en la relación entre la población activa y la que está en edad de jubilarse se hace notar esa misma tendencia al envejecimiento. La División de Población de las Naciones Unidas subraya que la relación entre las personas en edad de trabajar y las mayores de 65 años disminuirá mucho en los países desarrollados desde ahora hasta el año 2050: Según esas previsiones, esa relación pasaría, por ejemplo, del 4,1 actual al 2,1 en 2050 en Francia, de 4,2 a 1,8 en Alemania, de 3,7 a 1,5 en Italia, de 4,0 a 1,4 en España y de 5,4 a 2,7 en los Estados Unidos. Los temores en cuanto al financiamiento de las jubilaciones y de la atención médica son enormes y la solución no se encontrará únicamente aumentando la edad de la jubilación, ¡a menos

que se obligue a la gente a trabajar hasta la muerte! «Para mantener en 2050 la misma relación que hoy, sería necesario que se bajara hasta los 74 años en Francia, 76 en Alemania, 76,5 en Italia, 76,8 en España y 73,1 en los Estados Unidos», afirma Joseph Chamie.

La disminución de la población (y, en consecuencia, del mercado interno) es otra fuente de preocupación para los gobiernos de los países europeos y constituye una consecuencia directa del bajo índice de fecundidad: 1,6 niños por familia en los países industrializados contra 2,7 en el conjunto mundial, según la División de Población de las Naciones Unidas. Esta entidad hace una proyección para los 50 años venideros, según la cual se produciría en ese lapso una disminución de más del cuarto de la población italiana y rusa, del 15 por ciento de la población japonesa y del 12 por ciento en el conjunto de Europa. La población de la Unión Europea (sin tomar en cuenta su ampliación) tendría entonces 20 millones de habitantes menos que los Estados Unidos hacia el año 2050, cuando en 1995 superaba a ese país en más de 100 millones. Ese retroceso de la dimensión de la población de los países europeos va acompañado de un neto aumento de la población de las regiones en desarrollo. En 1950 había en las regiones en desarrollo dos personas por cada una de los países desarrollados pero hoy en día hay cuatro personas y las previsiones demográficas estiman que en 2050 habrá siete. El mismo aumento natural de la población que la Unión Europea alcanzó en todo el año 2000, se alcanzó en la India ¡en los primeros seis días de este año!

¿Setecientos millones de nuevos migrantes en Europa antes de 2050?

Al dar a conocer a comienzos de 2000 un informe titulado «¿Son las migraciones de reemplazo una solución para las poblaciones declinantes o que envejecen?», la División de Población de las Naciones Unidas entabló un debate público citando cifras que ocuparon las primeras planas de los dia-

rios. Presentó distintos escenarios donde se calculaba la cantidad de migrantes necesarios en la Unión Europea en función de los resultados que se desean alcanzar. Si se desea mantener la dimensión de la población potencialmente activa, sería necesario acoger a 80 millones de migrantes desde este momento hasta el 2050 y para garantizar un equilibrio en la relación entre población activa y pasiva, ¡se debería atraer a Europa a cerca de 700 millones de trabajadores migrantes! En función de esta última hipótesis, los inmigrantes y sus descendientes representarían en 2050 las tres cuartas partes de la población europea. Todos definen esta situación como irreal ya que resulta muy difícil pensar que en el lapso de medio siglo el viejo continente pueda acoger alrededor de tres veces el equivalente de su población actual, sobre todo porque esa población a su vez envejecería. Sería necesario además encontrar empleo a todos esos migrantes potenciales. «En la actual coyuntura de reducción de la importancia del factor trabajo en la ecuación del crecimiento, garantizar un empleo a esos millones de inmigrantes constituiría un logro inusitado en el que actualmente ningún experto se atreve a creer», subraya el demógrafo belga Michel Loriaux, profesor de la Universidad Católica de Lovaina².

Es muy probable que sea imposible encontrar empleo para decenas de millones de migrantes antes de 2050 pero eso no quita que los empleadores europeos se quejen del déficit de personal altamente calificado existente en el mercado laboral, sobre todo en el sector de las nuevas tecnologías y reclaman a voz en cuello una reapertura de la inmigración para ese tipo de trabajadores. Algunos gobiernos reaccionaron positivamente a ese reclamo, aunque lo hicieron ganándose las críticas de una parte de la opinión pública. Cuando el canciller alemán Gerhard Schröder anunció su intención de buscar 20.000 expertos en informática extranjeros cuando hay en el país 4 millones de desocupados, hubo enérgicas reacciones, principalmente de la parte sindical. La noticia fue suavizada aclarando que únicamente se darían visas

de cinco años y que no se había previsto hacer extensiva esa medida a otros sectores de la economía pero ¿qué pasará con los trabajadores que deseen quedarse al acabar ese período? ¿Se atreverá el gobierno a organizar retornos forzados para los trabajadores altamente calificados, como lo hace con los solicitantes de asilo político cuyas solicitudes son desestimadas? Es poco probable, ya que eso desalentaría a futuros inmigrantes cuando se instauren otros programas para atraer cerebros extranjeros hacia Alemania, país que compite con otros países desarrollados para obtener los mejores especialistas de ciertos sectores.

Sin embargo, el reclamo de mano de obra extranjera no concierne únicamente a los «cerebros» sino también a empleos poco o nada calificados... y por razones a veces menos confesables que las de impulsar el progreso de las economías, como ocurre en el caso de los trabajadores altamente calificados. Por ejemplo, en Grecia, los agricultores, indignados por los arrestos de inmigrantes que hizo la policía, reclamaron al gobierno que acabara con esas medidas y llegaron a comprometerse inclusive a llevar personalmente a esos trabajadores a la frontera una vez terminadas las cosechas. Explicaron que no podían trabajar sin los migrantes, quienes aceptan hacerlo por menos de la mitad del salario diario de los griegos (que es, sin embargo, uno de los más bajos de la Unión Europea). En muchos países desarrollados, es un secreto a voces que las condiciones de trabajo y los salarios que se brindan a las categorías de trabajadores más bajas en toda una serie de sectores (construcción, agricultura, confección, restaurantes, etc.) repelen a los nacionales. Se habla entonces de empleos «DDD» (por *demanding, dangerous, dirty*, es decir, difíciles, peligrosos, insalubres), empleos que los nacionales se negarían a desempeñar... ¿pero serían a tal punto «DDD» si los empleadores trataran a sus trabajadores de manera digna y respetando la legislación laboral?

Los sindicatos quieren encontrar antes que nada soluciones internas

La mayoría de los sindicatos europeos moderan los llamados de inmigración que lanzan los empleadores. La CES (Confederación Europea de Sindicatos) estima que las tensiones existentes en el mercado laboral no se deben únicamente a problemas de orden demográfico o a una falta de adecuación entre oferta y demanda sino también a lagunas en los sistemas de formación profesional permanente y a una deterioración de las condiciones laborales. Los sindicalistas desean que se mejoren ambos aspectos antes de pedir refuerzos en el exterior. La CES subraya asimismo que no tiene sentido recurrir a mano de obra extranjera cuando en el territorio se encuentran inmigrantes desocupados, tanto legales como ilegales, y mucho menos si éstos tienen calificaciones que corresponden a los empleos pedidos. Los sindicatos estiman entonces que la formación profesional de los inmigrantes desocupados y la regularización de los clandestinos es una prioridad. Los sindicatos desean asimismo que se los consulte antes de recurrir a trabajadores migrantes. «Queremos que se haga un acuerdo entre los interlocutores sociales – si no fuera posible a escala empresarial, por lo menos a escala sectorial –, antes de que los empleadores hagan un pedido de visas para trabajadores migrantes», subraya Béatrice Hertogs, secretaria confederal de la CES³.

A los gobiernos no les resulta fácil tomar la decisión de acoger a trabajadores migrantes cuando en casi todos los países del mundo y, principalmente en los países desarrollados, existe una percepción negativa de la opinión pública con respecto a su ingreso. «Ocasionan más desempleo», «Vienen para aprovechar nuestra seguridad social», «Ya hay demasiados», son las frases que se suele escuchar en los cuatro puntos cardinales del mundo cuando se habla de los migrantes. En diversos países europeos (Austria, Países Bajos, Francia, etc.), esas reacciones de rechazo se concretaron recientemente en forma de votos masivos por partidos de extrema derecha.

Reforzar los vínculos entre los migrantes y sus países de origen

Al establecer una asociación entre los países de acogida y los países de origen para la gestión de las corrientes migratorias se pueden limitar los riesgos de que estos últimos vean «saqueados» sus recursos humanos de alto nivel y cuya formación han financiado. La Organización Internacional para las Migraciones (OIM) es uno de los actores activos en ese ámbito. Intenta principalmente crear vínculos entre las diásporas basadas en las regiones desarrolladas y sus países de origen. Estos últimos elaboran una lista de sus necesidades (construcción de un hospital, de una escuela, transferencia de competencia...) y la OIM actúa de intermediaria con las diásporas a fin de que éstas aporten, si lo desean, una contribución financiera o intelectual para satisfacer esas necesidades. Uno de esos programas, MIDA (Migraciones para el Desarrollo en África), ya no implica como solía el retorno sistemático de los migrantes calificados dado que la OIM tomó conciencia de que no es muy realista pedirles que vuelvan a sus países de origen en nombre del desarrollo de estos últimos. Se trata más bien de organizar una breve estadía en sus países de origen para los migrantes altamente calificados, el tiempo necesario, por ejemplo, para que dicten algunos cursos en las universidades o que efectúen algunas operaciones quirúrgicas delicadas, antes de volver a los países de acogida. El gobierno belga financió así el retorno temporario a sus países de origen de trabajadores calificados originarios de la República Democrática del Congo, de Burundi y de Rwanda. La OIM quiere hacer extensivo ese tipo de programa a otros países africanos.

Sin embargo, la mayoría de los estudios demuestra que la inmigración no repercute negativamente ni en el desempleo ni en la seguridad social.

También se alzan voces que denuncian el «saqueo» de los recursos humanos de los países del Sur por parte de los países desarrollados. «Los países desarrollados, tras haberse llevado cuanto quisieron de algunos de los recursos naturales de sus antiguas colonias, corren el riesgo de volver a comportarse de la misma manera con los recursos humanos de esos mismos países ahora independientes, en un momento en el que se proclama a viva voz que esos recursos son la principal riqueza de las naciones» subraya Michel Loriaux⁴. Dicho esto, si hay un saqueo, el mismo es conveniente para todas las partes puesto que tanto los países de acogida (que piden calificaciones), los países de origen (que piden las divisas que envían los migrantes a sus familias) como los mismos trabajadores migrantes (deseosos de mejorar sus ingresos) encuentran ciertas ventajas en la migración. Se pueden poner en práctica distintas iniciativas para reforzar ese interés común: ayuda para reinvertir en los países de origen el dinero que se gana en los países de acogida, ayuda para el retorno temporario o para la creación de empresas locales, entre otras (véase recuadro).

Más allá de los debates sobre la posición de la opinión pública en cuanto a si es correcto o no atraer a los trabajadores de países menos desarrollados, los gobiernos europeos comienzan en todo caso a estar muy de acuerdo en la necesidad de modificar su política de «alto a la inmigración para el trabajo», ya sea para contentar a los empleadores que reclaman migrantes altamente calificados (porque la formación intensiva de los desocupados puede llevar tiempo), a los empleadores que reclaman migrantes poco calificados o para intentar aportar un atisbo de respuesta a corto plazo a los problemas que plantean el envejecimiento y la disminución de la población. No obstante, aún queda por encontrar una manera común de hacerlo ya que, dada la supresión de las fronteras internas en la Unión, diversos países europeos reclamaron una gestión europea concertada de la inmigración. En cuanto a esto, recién se está en el estadio de esbozos de reflexión, entre otras cosas porque el tipo de migrantes necesarios para las distintas economías no es necesariamente el mismo. «¿Cómo se puede solucionar la contradictoria situación de los países que buscan desesperadamente en el extranjero profesionales calificados al tiempo que refuerzan los controles en sus fronteras y sus medidas de seguridad?», preguntaba el secretario gene-

ral del Consejo de Europa, Walter Schwimmer, durante una conferencia realizada en Helsinki el pasado mes de septiembre. Los interrogantes son muchos: ¿De qué origen geográfico, cultural o religioso se desea que sean las corrientes migratorias? ¿Cuáles serían los procedimientos de selección? ¿Cuáles las posibilidades de integración? Se pueden contemplar distintas posibilidades, entre ellas: el modelo de los Estados Unidos, donde juega en parte el azar al otorgar las visas permanentes; el modelo de cupos en su versión canadiense, que define el perfil de los migrantes que el país necesita; el modelo de los países del Golfo, que reciben a trabajadores extranjeros, a veces en cantidades superiores a su propia población, pero sin darles derecho ni a residencia definitiva ni a la ciudadanía, lo que plantea graves problemas en materia de derechos humanos; o inclusive el «modelo» hipócrita de «dejar hacer», actualmente de moda en la mayoría de los países de la Unión Europea. En este último se hace la vista gorda ante la llegada de trabajadores clandestinos y de tanto en tanto se regulariza su situación por oleadas... Esto ocasiona diversos inconvenientes a los países «de acogida» porque la realidad de las corrientes de clandestinos no necesariamente corresponde a la estructura del mercado laboral y los migrantes, por su parte, se encuentran en una situación extremadamente precaria y son fácilmente explotables antes de su regularización. ¿No se debería ade-

más pensar en crear un comisariado europeo de inmigración y ciudadanía como los que hay en diversos países de emigración? La migración de trabajadores y sus familias hacia los países desarrollados puede no ser la panacea que permita resolver todos los problemas de demografía y penurias del mercado del empleo pero puede aliviar en cierta medida esos problemas a corto plazo. Otras respuestas podrían completar su accionar, por ejemplo, un aumento del índice de actividad de la población femenina, una mejora de la formación profesional de los desocupados o permitiendo a ciertas categorías de personas de edad tener un papel productivo en la economía. Sin embargo, éstos son temas para otros debates...

Notas

¹ Discurso pronunciado con ocasión del cincuentenario de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), en noviembre de 2001.

² Pasaje extraído de *Les Nouvelles Migrations. Un enjeu européen*, obra preparada bajo la dirección de Emmanuelle Bribosia y Andrea Rea, Ediciones Complexe, 2002, pág. 70.

³ Alocución efectuada durante la conferencia «Inmigración: el papel de la sociedad civil en la promoción de la integración», llevada a cabo por la Comisión Europea y el Comité Económico y Social Europeo los días 9 y 10 de septiembre de 2002 en Bruselas.

⁴ Pasaje extraído de *Les Nouvelles Migrations. Un enjeu européen*, obra preparada bajo la dirección de Emmanuelle Bribosia y Andrea Rea, Ediciones Complexe, 2002, pág. 73.